

no dieron el ejemplo de una confianza ciega y pronta, le dieron, en cambio, lo que vale más: el de una confianza ilustrada y perseverante. El simple curso de las cosas debía poner término á esas odiosas recriminaciones, y en el exceso de la injusticia con que se le trataba iba á hallarse la justicia para nuestro Santo. Es la victoria prometida á la humildad, que saca prodigiosa fuerza de la misma debilidad.



CAPÍTULO IV

Enfermedad del Párroco de Ars, y su curación maravillosa.—Su primera huida.

TAN extraordinarias eran las mortificaciones que practicaba el Párroco de Ars, y tan superior á las fuerzas humanas el trabajo á que se consagraba, que hubiera gastado la vida de muchos hombres. Ya era evidente, hacia mucho tiempo, que no se sostenía sino por milagro. «He oído hablar de las cosas maravillosas que pasan en Ars—decía un hombre de mundo,—y no dudo del poder de Dios, tan grande en el siglo XIX como en el principio del Cristianismo. Estoy convencido de que las oraciones del santo sacerdote que allí se va á ver, pueden obtener curaciones sorprendentes y hasta milagrosas; mas, para creer ahora en la existencia de lo sobrenatural, nada de eso necesito. El gran milagro de Ars es la vida tan penitente y laboriosa del Párroco: que un hombre haga lo que él hace, que lo haga todos los días sin cansarse, sin desfallecer y sin sucumbir bajo el peso abrumador de tanto trabajo, he ahí lo que más me sorprende. Ese es, en verdad, el gran milagro de Ars; á mis ojos es el milagro de los

»milagros.» ¡Cuántas voces autorizadas han dado testimonio de la misma verdad!

Sin embargo, parecía llegar el momento en que ese milagro iba á cesar. Ya se había resentido muchas veces la salud del santo Párroco, inspirando serias inquietudes. Al llegar á Ars, pagó su tributo á la insalubridad del país; la fiebre endémica que resulta de la humedad del suelo, le había visitado muchas veces, y desde entonces no había conseguido restablecerse por completo. Padecía habitualmente dolores de vientre y males de cabeza, á los que bien pronto se siguieron crueles enfermedades.

Pero cuando el *pobre cadáver*—como él llamaba á su cuerpo—sufría mayores dolores, su espíritu estaba más libre, la expresión de su rostro más tranquila y serena; y, en medio de sufrimientos acerbos, nada se manifestaba absolutamente ni en su humor ni en su conversación. Tenía una constitución tan fuerte é impresionable á la vez, que su curación era tan súbita como la enfermedad. En el momento casi que se creía iba á sucumbir, se hallaba repentinamente transformado y como resucitado por un poder superior. Durante la noche se le veía agonizante, y á la mañana siguiente se le hallaba fresco y dispuesto á todo trabajo, comenzando sus habituales ocupaciones como si nada hubiese padecido.

En el mes de Agosto de 1842 fué atacado de una fluxión de pecho que inspiraba algún cuidado; pero desapareció bien pronto. «Yo no me inquieto ya por el estado de su salud—decía el médico;—proviene ésta de otro que no soy yo; y cuando he agotado todos los recursos y nada puedo ya, ese otro puede aún; en el momento en que parece que se va á mo-

»rir, recobra súbitamente, y como por encanto, la salud con nuevas fuerzas.»

En los primeros días del Mes de María del año de 1843 era tan grande el concurso del pueblo, que jamás se había visto mayor. Como el venerable Párroco se hallaba sin auxiliar, sucumbía bajo el peso abrumador de tanto trabajo. Tenía costumbre de subir al púlpito todas las noches del Mes de María para dirigir la palabra á los fieles reunidos. En el día tercero se sintió tan mal, estando en el púlpito, que se vió precisado á interrumpir su exhortación: hizo un esfuerzo para leer algo, y tuvo que dejar la lectura; comenzó la oración, pero la voz y las fuerzas le faltaron; bajóse del púlpito con gran trabajo, y habiendo hecho cama, después de algunos momentos de falso reposo, casi en el mismo instante se presentaron síntomas alarmantes.

Los fragmentos de las cartas que vamos á leer, y que nos dan tan interesantes detalles sobre esa enfermedad, pertenecen á la correspondencia de una familia cuyo elogio no nos corresponde hacer; pero diremos que, sucediendo á la señorita de Ars, la reemplazó dignamente en su amor de Dios y de la Iglesia, y en su veneración al santo Párroco.

•Ars, 6 de Mayo de 1843.

»Nuestro santo Párroco está enfermo: creemos que su corona está ya preparada, y que los cielos van á abrirse para él. No me es posible describir la consternación y las lágrimas de toda la parroquia. En todos los altares se ven velas encendidas, y los rosarios están en las manos de todos. En los primeros días hubo necesidad de poner guardias á la

»puerta de la casa rectoral para contener á la multitud, que se empeñaba indiscretamente en ver al »santo Párroco y recibir de él su última bendición. »Y no fué posible calmar los ánimos hasta que se »les enteró del momento en que, sentándose el santo »sobre su lecho de dolor, les daría una bendición »general.

»Es verdaderamente un sentimiento tan indefinible como profundo el que llena nuestras almas; y »ahora comprendo la tristeza de los Apóstoles cuando »el Señor les anunció que iba á dejarles.»

Para dar una idea del interés que inspiraba el estado del santo Párroco en multitud de familias cristianas que vivían á gran distancia de Ars, citaremos la contestación que se dió á las líneas que hemos copiado antes:

«Lloro con usted y siento con toda mi alma vuestra »inmensa pérdida; veo con dolor apagarse ese bello »astro que con tanto esplendor brillaba en medio de »las sombras de la muerte, esa vida sobrenatural »desprendida de los sentidos y de la materia en medio de un mundo incrédulo y materialista. Siento »vivamente que desaparezca la saludable influencia »que ejercía á grande distancia, el espectáculo extraordinario de fe y de fervor religioso que se manifestaba alrededor de él; pero, lo confieso, no me »atrevo á pedir la prolongación de esos días laboriosos, que una eternidad venturosa reclama ya. Adoro »los designios de Dios, siempre admirable en sus »Santos, y tengo la firme confianza de que éste os »será conservado ó llevado al Cielo, según que su »existencia terrestre ó su glorificación os sean más »ventajosas. Si le perdéis en la tierra, le hallaréis

»más poderoso en el Cielo; y bien convencidos estáis »de que las entrañas de su caridad se dilatarán más »aún con su eterna felicidad, y que desde el Cielo »hará caer sobre vosotros una copiosa lluvia de bendiciones y de gracias.»

«Bien pronto, escribe á su vez el abate Renard, »llegó la mala nueva al retiro de mi parroquia, y al »momento partí para Ars. Al llegar tuve la dicha de »abrazar al santo Párroco, á quien encontré en un »estado tan extremo de debilidad, que me pareció »inminente su muerte. Al verle tan postrado, le dije »con emoción:—Señor Párroco, ¿queréis dejarnos?— »Os dejaré mi cuerpo, respondió; y mostrándome el »cielo con su desfallecida mano, añadió:—Y mi alma »irá allá arriba. Noté en la expresión de su rostro, y »en su mirada dirigida hacia el cielo, un no sé qué »tan sublime, que no puedo explicar; diré únicamente »que me sentí conmovido hasta lo más hondo de mi »alma; no me fué posible pronunciar una palabra, »y salí con el corazón lleno de dolor y los ojos de »lágrimas.

»En la población reinaba un silencio sepulcral, y »en todos los semblantes se veía retratada la consternación; hubiérase dicho que en cada casa había un »muerto. Los peregrinos andaban errantes por la plaza, cual ovejas sin pastor, dirigiendo á cada momento su triste mirada hacia la casa rectoral, para recoger todos los incidentes y estudiar sus menores detalles. Tan pronto como se veía alguno de los enfermeros, todos corrían hacia él, le rodeaban y con »marcada ansiedad le decían: ¿Cómo está el señor »Párroco? ¿Va mejor nuestro buen padre? Había allí dos ó tres cientos que no habían terminado sus Con-

»ferencias comenzadas con Mr. Vianney. Al oír que
 »el santo enfermo no estaba mejor, llenaban la igle-
 »sia, redoblaban sus oraciones y con sus lágrimas y
 »gemidos procuraban hacer violencia al Cielo, á fin
 »de alcanzar del Señor, por la intercesión de la San-
 »tísima Virgen y de Santa Filomena, el restableci-
 »miento de una salud tan querida.

»No debo omitir una circunstancia que me causó
 »viva impresión. En los quince días que estuve en
 »Ars hice al santo enfermo una visita diaria, y siem-
 »pre fuí recibido con la misma bondad, cualquiera
 »que fuese su estado de sufrimiento y postración. En
 »uno de los días me separé del enfermo profunda-
 »mente afectado, porque me pareció enteramente
 »desesperada su situación; y al salir de casa se apro-
 »ximó á mí una señora, y con las lágrimas en los
 »ojos, me dijo:—Señor, ¿se nos morirá el santo Párro-
 »co? ¿Será posible que no le veamos más? ¡Oh, señor,
 »cuán desgraciada soy! He comenzado con él una
 »confesión muy larga: ¿cómo voy á arreglarme aho-
 »ra? — Tiene usted que entenderse con el sacerdote
 »encargado de la parroquia. — ¡Oh, señor, no tengo
 »fuerzas ni valor para volver á comenzar! Permitid
 »me arrodille á la entrada de su habitación, para que
 »me vea y me dé su santa bendición.»

Estas escenas se repetían tantas veces al día, que
 llegaron á fatigar al santo enfermo; y éste, no pudien-
 do hablar, hallaba en su caridad expresiva el dón de
 hablar á los que le visitaban un lenguaje sin palabras,
 que comprendían los corazones atentos. Mas como
 esas emociones continuas le hacían tanto daño, no pudo
 el Sr. Renard, con gran pesar suyo, dispensar en favor
 de tal señora la severa prohibición del médico.

Al quinto día de enfermedad hubo consulta de mé-
 dicos, y, reconociendo en los síntomas anteriores y
 actuales de la enfermedad, la existencia de una pleu-
 resia, acordaron tres de los doctores más acreditados
 obrar por medio de fuertes reactivos. Y como la vio-
 lencia y continuación de la fiebre hacían temer, ade-
 más, que sobreviniese el delirio, prohibieron riguro-
 samente que se hiciese hablar al enfermo, encargan-
 do á los enfermeros que alejaran de él todo motivo de
 emoción. El venerable Párroco se veía, en efecto,
 asaltado á cada momento de vómitos, desfallecimien-
 to y desmayos; y era tan grande su irritabilidad ner-
 viosa y la intensidad de la fiebre, que el Sr. Pertinant,
 su enfermero ordinario, se ocultaba tras las cortinas
 de la cama para evitar que su vista molestase al en-
 fermo, y produjese acaso reacción sobre su cerebro.
 Con el mismo fin, las personas que tenían precisión
 de entrar en su habitación, ó en las inmediatas, se
 descalzaban para no hacer ruido; y esta precaución
 era debida, no á una orden de los médicos, sino á la
 consideración inspirada por la veneración y respeto
 debidos al piadoso enfermo.

En vista de las terribles eventualidades que ha-
 cían presentir las prescripciones de los médicos, y su
 diagnóstico, el respetable sacerdote Valentin, cura
 de Tassans y confesor de Mr. Vianney, dispuso admi-
 nistrarle los últimos Sacramentos, antes de hacer uso
 de cierto medicamento que podía excitar el vómito.
 Tan pronto como se acordó esta resolución, se reunie-
 ron siete sacerdotes para dar solemnidad á la cere-
 monia. Convinieron dichos señores en asistir solos al
 acto, sin tocar las campanas, para no aumentar la
 consternación y el dolor de los parroquianos; mas el

santo enfermo, que oyó la conversación desde su cama, dirigiendo una viva mirada á las personas que estaban á su lado, las dijo: «Mandad tocar: ¿no es justo que los feligreses oren por su Párroco...?»

Desde el momento en que comenzó á oirse el prolongado y triste sonido de la campana, toda la parroquia se puso en movimiento. Los peregrinos, sin excepción, hubieran querido acompañar al Santo Viático hasta la habitación del venerable Párroco, oír sus últimas palabras, ser testigos de su gozo inefable, de los raptos y transportes de amor con que aquella alma tan pura se lanzaría hacia el Divino Maestro, para unirse á Él en supremo y eterno abrazo; pero ese favor tan señalado no pudo concederse más que á un pequeño número de privilegiados. Todos los demás quedaron arrodillados, orando y derramando copiosas lágrimas en la escalera, el patio y la plaza. Cuando fué interrogado Juan Bautista Vianney si creía en todas las verdades de nuestra santa Religión, contestó: «Jamás he dudado de ninguna de ellas.» Y cuando se le preguntó si perdonaba á sus enemigos, respondió: «Por la misericordia de Dios, nunca he querido mal á nadie.»

Al día siguiente de esta grave é imponente ceremonia, y en el momento mismo en que el Párroco de Farcins celebraba el Santo Sacrificio en el altar de Santa Filomena, el santo enfermo, á quien no había dejado aún la fiebre, se quedó dormido con tranquilo sueño por primera vez. «Yo no sé lo que pasó, dice Catalina, mas desde aquel momento ha ido recobrando la salud poco á poco, hasta su completo restablecimiento.» La voz de toda la población, menos discreta que Catalina, pretende saber lo que pasó; y

la opinión general es que Santa Filomena se apareció al santo enfermo, y que en un coloquio misterioso le dijo cosas que han sido el consuelo del santo sacerdote hasta el fin de su larga vida.

Vamos á exponer lo que sobre este particular nos ha dicho el maestro del pueblo, que estaba constantemente á la cabecera del enfermo, de día y de noche.

He aquí sus palabras:

«Antes de comenzar el Santo Sacrificio, parecióme ver al señor Párroco en la actitud de una persona asustada; noté en él algo de extraordinario. Esta circunstancia me movió á fijar más mi atención, y, al observar sus movimientos, creí llegada la hora fatal, y que iba á entregar su alma á Dios. Pero desde el momento en que comenzó la Misa se quedó más tranquilo, y con un semblante alegre, en el cual se veía reflejada la dicha y contento de su bella alma. Terminada la Misa exclamó: «Amigo mío, acaba de obrarse en mí un gran cambio...; estoy curado.» Grande fué mi contento al oír sus palabras, y me convencí de que el señor Vianney acababa de tener una visión, porque le oí nombrar varias veces á su dulce protectora; y, bien consideradas todas las circunstancias, me inclino á creer que se le apareció Santa Filomena; mas no me atreví á preguntarle.»

Desde este momento entró el Párroco de Ars en convalecencia, y recobró rápidamente sus fuerzas, según resulta de la siguiente carta:

«Hace dos días que los médicos hallan á nuestro santo Párroco muy aliviado: nuestra satisfacción excede á toda ponderación, por lo mismo que estábamos tan lejos de esperar tan gran dicha...

»El venerable enfermo está dando pruebas de una
 »docilidad angelical, y toma todo lo que se le ordena;
 »había encargado ayer que no se le pusiese caldo de
 »gallina, pero una ligera indicación de su confesor
 »ha sido suficiente para que lo tomase sin decir una
 »palabra. Viendo el otro día una junta de médicos al-
 »rededor de su cama, dijo sonriéndose: «Estoy libran-
 »do en este momento un gran combate.—¿Y contra
 »quién, señor Párroco?—Contra la facultad de Medi-
 »cina, es decir, contra los cuatro médicos: si hubiera
 »venido uno más, de seguro me entierran.»

Hablando sobre esto el santo Párroco algún tiem-
 po después en su Catecismo, decía: «Yo tenía en mi
 »última enfermedad tres ó cuatro médicos á la cabe-
 »cera de mi cama: ¿y qué hacían? Nada: creían que
 »me moría, y esto prueba cuán débiles son todos los
 »recursos de la ciencia humana contra los misteriosos
 »decretos que han fijado el término de nuestra vida.»

Pocos días después fué tan notable su mejoría, que
 se le aconsejó dejar la cama. Fácil es comprender
 cuáles fueron sus primeros pasos, á quién se dirigió
 su primer pensamiento, y para quién fué su primera
 salida de casa y el primer uso de las fuerzas que mis-
 teriosamente había recobrado. Dieciséis días hacia
 que no se aproximaba al santo altar para ofrecer en
 él la Víctima inmaculada: había sufrido cruelmente
 por hallarse privado del Pan de los ángeles, y le pa-
 recía que el desfallecimiento de su cuerpo era nada,
 comparado con la debilidad y decaimiento de su
 alma. Por esto el viernes 19 de Mayo se dirigió á la
 iglesia, apoyado en el maestro, su buen amigo; cayó
 de rodillas ante el altar mayor, y se abismó en un
 sentimiento de inefable adoración, de gratitud y de

conformidad á la voluntad del Señor, que le concedía
 aún la vida para continuar sus trabajos apostólicos.
 Después de haber adorado á Jesús sacramentado, se
 dirigió á la capilla de su querida Santa Filomena, y,
 allí postrado, oró largo tiempo con fervor seráfico y
 con extraordinario consuelo.

«Por espacio de ocho días, dice el buen maestro,
 »acompañé yo mismo al señor Párroco á la iglesia,
 »entre las doce y una de la mañana. Era esto preci-
 »so, porque se hallaba tan extremadamente débil,
 »que no hubiera podido estar toda la mañana sin to-
 »mar algún alimento. Desde el instante que entraba
 »en la iglesia y se tocaba la campana, toda la pobla-
 »ción se presentaba para asistir á su Misa.»

Hallábase la parroquia de Ars gozando de la ale-
 gría que le causaba la curación milagrosa del santo
 Párroco, que había creído perder, del mismo modo
 que goza el avaro del tesoro recobrado después de
 creerle perdido, cuando súbitamente circularon noti-
 cias que produjeron nueva alarma, según resulta del
 contenido de la siguiente carta:

«Tenemos fundado temor—decía un vecino de
 »Ars—de que el santo Párroco se nos marche; y es
 »posible que tengamos que llorarle vivo, después de
 »haber celebrado con tanta satisfacción la alegría de
 »su resurrección. No podemos ocultarlo ya; el santo
 »hombre cree haber terminado su día de trabajo.
 »Había dicho: «Trabajaré hasta que sucumba,» y ha
 »sucumbido bajo el peso de su misión. Ha pedido la
 »vida para prepararse á morir santamente en el si-
 »lencio y la soledad; le ha sido concedida, y cree que
 »con su corazón le ha otorgado el Cielo la libertad.
 »He ahí lo que piensa, he ahí á todo lo que aspira...